

Prof. CIRO ROLDÁN
 Filósofo
 Universidad Nacional de Colombia

DEL DISCURSO DE LA ÉTICA A LA ÉTICA DEL DISCURSO

Todos los discursos éticos han hecho desde siempre una promesa de felicidad que no se cumple nunca. Desde el discurso de la eudemonia aristotélica hasta las llamadas éticas del bienestar y el consenso, todos los planteamientos han supuesto un retorno a la armonía natural y una reconciliación del género humano sea esta bajo formas religiosas –el cuerpo místico– o bajo formas laicas –la voluntad general o la acción comunicativa–.

Toda experiencia moral está sustentada –según estas éticas del bienestar– en una relación articulada de la conducta humana con la llamada Ley Moral encaminada siempre en dirección a un Bien Supremo, razón última de sus ideales de conducta. El *Ethos* –costumbre o carácter– intenta enderezar la conducta de manera adecuada al cumplimiento de esos modelos o imperativos morales. En el fondo suponen una especie de predestinación hacia el Bien Soberano llámese a este gozo contemplativo, fusión con la cosa o retorno al estado paradisíaco ya sea en el paraíso perdido del estado natural primitivo o en el reino final de la Utopía.

Siempre hay detrás de estos paradigmas éticos unos supuestos comunes acerca de la naturaleza humana. Desde el principio todos comparten o parten de un dominio ideal donde se ubican los arquetipos supremos de la Verdad, la Belleza y el Bien. Una vez supuesta la identidad entre el Ser y el Pensar y propuesto el ideal socrático del ‘conócete a ti mismo’ como máxima síntesis entre la virtud y el saber, todas las bases del discurso ético abrieron paso a la conciencia moral de Occidente. En adelante resulta evidente para el racionalismo ético que “nadie yerra voluntariamente”, porque nadie elige voluntariamente nada contrario a su propio bien.

El primer libro articulado alrededor del problema ético –La Ética a Nicómaco de Aristóteles– plantea la mira del placer y del bien como *ethos*– (costumbre o carácter) y como *orthos logos* (dis-

curso correcto) entendido a un tiempo como rectitud y exactitud. En el fondo la ética aristotélica eleva su ideal de placer como equilibrio, justo medio entre extremos, al llamado a abrir una distancia radical con exceso de deseo.

Todo este modelo aristotélico sirvió de filtro a toda ética paradójica de deseo y su ideal sumo de felicidad. Equivale a desalojar "todo un registro del deseo reduciendo su carácter sexual al exceso y aun a la bestialidad. Los conceptos claves de esta 'ciencia del carácter' serán los de *habitus praxis* y *paideia* formadores' de todos los códigos así encadenados.

Se necesitaría el advenimiento de la modernidad y la emergencia del llamado sujeto epistémico y moral para que se replanteara ese modelo de fundamentación ética. La ética moderna surge con la Crítica de la Razón Práctica, un pequeño tratado de Kant, destinado a revolucionar esa función del Bien Soberano. La única definición de la acción moral posible es aquella del Imperativo categórico. Haz de modo que la máxima de tu acción pueda ser considerada como una máxima universal. Esta máxima que regula toda nuestra actividad tiene que ser considerada como la Ley de una naturaleza en la que estaríamos considerados a vivir. Por ello se debe rechazar con horror toda otra máxima a la que nuestras inclinaciones nos arrastren patológicamente. Más allá del principio del placer se dibuja en el horizonte el Bien Supremo llamado por Kant la Cosa (*Das Ding*). Esa Cosa opera como la causa última de nuestro obrar moral. Por tanto toda Ley está articulada en ese horizonte. El único móvil de la acción moral es darse a sí mismo los mandatos propios. Sólo si estoy en capacidad de juzgar por mi mismo con respecto a lo que debo hacer estaré por fuera de autoridad externa y alcanzaré la autonomía moral. La única Libertad posible es aquella que me permite independizarme no sólo de cualquier autoridad exterior sino de cualquier inclinación interior. Sólo este imperativo categórico libera al sujeto moral de las ataduras heterónomas y le permite perseguir por sí mismo su acceso invariable a la Cosa.

Esta es pues la relación dialéctica entre la Ley y la Cosa. Sólo por medio de la Ley tuve conocimiento de la Cosa. Esta relación hace que nuestro deseo de la Cosa arda a partir de la vinculación con la Ley.

Estos significantes universales de la Verdad, la Belleza y el Bien vuelven a encontrarse reunidos ahora en la tendencia hacia la Cosa. Sólo en ella encuentra su cumplimiento absoluto la Ley, pues ella opera como causa noumenica. Y sólo allí se realiza el ideal invariable de la Autonomía del Sujeto y la Razón práctica alcanza sus fines propios.

Del discurso ético al discurso psicoanalítico

El discurso analítico (o psicoanalítico) comparte con el discurso ético la pregunta común por el origen de esta conciencia moral y su pretensión de encontrar su fundamento en el llamado Bien Supremo o Soberano Bien. El supuesto común parece ser el de que la ética comienza para el hombre en el momento que el sujeto plantea la pregunta por el bien deseado. Conviene pues, el discurso analítico con el ético en la génesis común del ideal moral como procedente de la "relación dialéctica del deseo y la Ley que hace que nuestro deseo sólo arda en una relación con la Ley".

Sin embargo, la admisión de este idéntico sentido de la procedencia ética no impide que la forma de preguntar por su modo de proceder sea distinto y aún antagónico. El modo de preguntar por ese origen de la experiencia ética está formulado en el discurso analítico en términos de necesidad o de conciencia de esa necesidad. ¿De dónde viene la necesidad de este impulso moral? ¿Qué hace común el origen del sujeto del deseo y la Ley? En una palabra ¿qué hace que toda experiencia humana sea al tiempo una experiencia ética?

Freud encontró desde su 'Proyecto Inaugural de una psicología para neurólogos' una experiencia o vivencia inicial que marcaría la vivencia humana como experiencia ética. En el numeral 11 de dicho Proyecto nos ofreció su tesis primera y primordial al hablar de la vivencia de satisfacción. "El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria importante en extremo, del entendimiento o comunicación, y el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales".

Esta preciosa cita presenta todo el origen de la moral en una primera vivencia de satisfacción en estado de desvalimiento. Tal estado prematuro obliga a un auxilio ajeno por un otro experimentado que ejerce el primer modo de entendimiento o comunicación. De tal modo de comunicación en estado de desvalimiento es la fuente primordial de todos los motivos morales.

Esta tesis inicial de Freud se complementa con su posterior manera de sustentar el modo de juzgar o recordar esta vivencia inicial en torno a ese primer otro que ahora va a llamar prójimo (*Nebennensch*).

"Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción se ha parecido al sujeto, a saber, un prójimo. En este caso, el interés teórico se explica por el hecho de que un objeto como éste es simultáneamente el primer objeto de satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el humano a discernir".

Esta segunda tesis de Freud muestra que la primera vivencia con el otro auxiliador llamado ahora prójimo se divide entre un objeto-satisfacción y un objeto-hostil. Sobre esta base entre en juego lo que la primera forma de aprehensión la realidad por el sujeto. Este *Nebenmensch* es a la vez semejante y semejante, idéntico y separado.

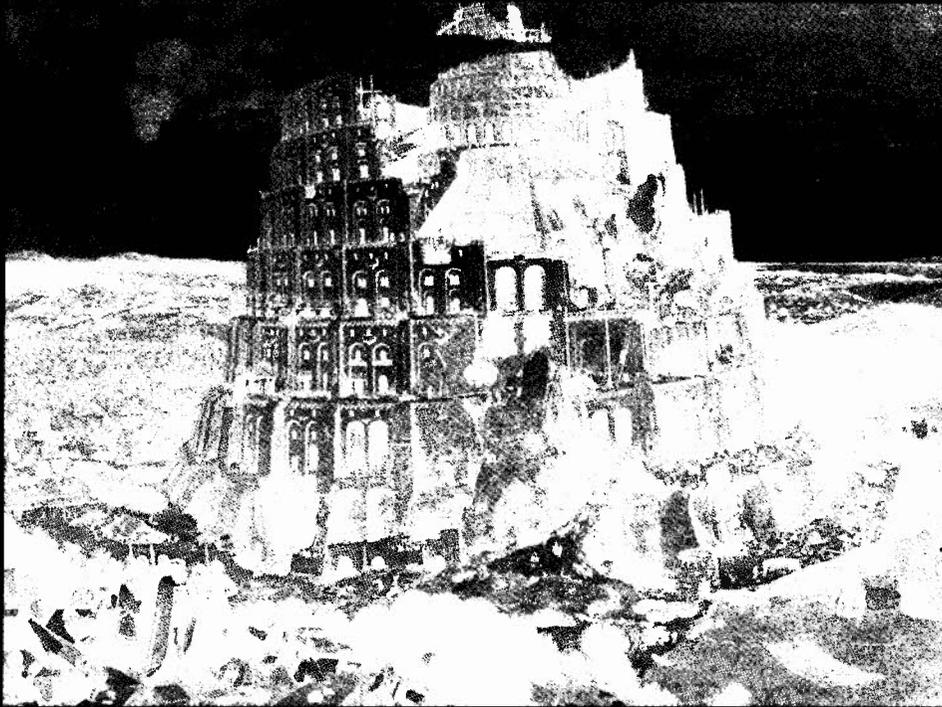
Pero esta experiencia moral con ese Otro prehistórico llega a su culmen cuando este intento de aprehensión inicial en forma de comunicación o entendimiento muestra la ajenidad o extrañeza desgarradora para el sujeto en un complejo prójimo. "Y así, c o n c l u y e Freud, el complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una cosa del mundo, mientras que el otro es comprendido por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio". En síntesis reúne Freud esa unión de algo que se enfrenta como cosa del mundo y otra que puede ser reconducida a noticia del cuerpo propio.

Este Otro prehistórico, llamado el prójimo, autor de nuestra experiencia moral primera ha quedado desgarrado para el sujeto en dos partes, una de las cuales se impone desde afuera como un todo constante llamado Cosa, o que permanece unido como todo coherente y constante: *Das Ding*. El *Ding* o la

Cosa es el elemento que es aislado por el sujeto, como siendo por naturaleza extranjero, *Fremde*.

Este primer Otro así dividido entre lo extranjero y lo familiar es el responsable de todo el desgarramiento moral del sujeto incapaz de reunir en un acto ese Todo que a la vez es el que le aporta Comunicación o Entendimiento y a la vez extrañeza y sin sentido. Pese a tal fractura o desgarramiento todo el devenir del aparato psíquico queda signado desde aquí por el intento de volver a encontrar lo perdido de ese Todo Primero. Toda la búsqueda del sujeto no es más que volver a encontrar el inolvidable y a la vez imposible Otro prehistórico. Esto es lo

que Freud nos designa cuando nos dice que el objetivo primero y más cercano de la prueba de realidad no es encontrar en la percepción real un objeto que corresponda a lo que el sujeto se representa en ese momento, sino volver a encontrarlo, testimoniar se que aún está presente en la realidad. Ese otro



absoluto es lo que se trata de volver a encontrar aunque sólo sea como ausencia o nostalgia y finalmente en una forma de satisfacción alucinada.

La tesis radical de Freud en su Proyecto Inaugural ha quedado consignada como una ruptura con toda la ética tradicional que afirmaba la posible armonía o reconciliación con la Cosa o el Soberano Bien. Para el discurso analítico esta primera identificación con el Otro primordial ha mostrado la imposible Comunicación o Entendimiento. Nuevo prójimo más cercano es a la vez el más extraño o ajeno y por tanto lo más íntimo, lo más ex-íntimo. Podríamos condensar esta tesis en la fórmula recogida por Lacan en su Seminario de la Ética: "Pues bien, el paso dado al nivel del principio del placer es mostrarnos que no

existe Soberano Bien - que el Soberano Bien, que es *Das Ding*, que es la madre, que es el objeto del incesto, es un Bien interdicto y que no existe otro bien. Tal es el fundamento invertido en Freud de la Ley moral".

Esta inversión freudiana de la ética muestra que ese deseo último que Freud descubrió bajo el nombre de deseo del incesto es un Bien interdicto desde siempre por causa del imposible encuentro con ese primer Otro. Esa vivencia de placer y displacer a la vez obliga al sujeto a mantener una distancia con el objeto de su deseo. "Esa distancia, que no es completamente una, es una distancia íntima que se llama proximidad, que no es idéntica a él mismo que le es literalmente próxima, en el sentido que se puede decir que el *Nebenmensch*, del que nos habla Freud en el fundamento de la Cosa, es su prójimo".

De aquí también se deduce la comprensión y a la vez diferencia con el mandato cristiano del amor al prójimo como a sí mismo. Ese prójimo, ese modelo sobre el cual se construye la primera relación del sujeto consigo mismo.

"Si algo, dice Lacan, en la cúspide del mandamiento ético, termina de manera tan extraña, tan escandalosa para el sentimiento de algunos, articulándose bajo la forma del Tú amarás a tu prójimo como a ti mismo, es porque es propio de la relación del sujeto consigo mismo que se haga él mismo en su relación con su deseo, su propio prójimo".

Podríamos sintetizar este primer recorrido freudiano sobre la procedencia del motivo moral diciendo que proviene de una primera identificación con ese Otro que se nos presenta bajo la forma de una Cosa enfrentada e imposible. Lejos de completarnos, ella marca nuestra falla primordial. La Ley no es más que la que señala esa falta imposible e inaccesible pero que también nos señala a la vez nuestra génesis y nuestro destino transgresor de volver a la COSA.

La función del bien y la ética del discurso

Hemos visto aparecer desde la primera experiencia ética una articulación entre el deseo y la Ley. El deseo sólo aparece sobre las huellas de esa búsqueda de un objeto imposible modelado en torno a la Cosa. En el lugar de ese hallazgo imposible del primer objeto de satisfacción, perdido para siempre queda un agujero imposible de ser significado por el sujeto. Esta búsqueda del bien tiene que ser asumida por el sujeto a través de meras representaciones o significantes de la Cosa. La originalidad de la tesis freudiana del Proyecto consistió en haber mostrado que esas huellas llamadas por él facilitaciones están reguladas por el principio del placer que ordena el

reparto de las cargas libidinales a fin de que cierto nivel no sea superado, puesto que más allá de este nivel la excitación es insostenible para el sujeto. La fuerza del principio del placer se sitúa a nivel de la subjetividad. Y si la búsqueda del placer no es otra cosa que el placer de la búsqueda –según reza la célebre fórmula del Más allá del Principio del Placer– entonces se deduce que la necesidad de la repetición no es más que la repetición de esta necesidad. Esta expresión la debemos al texto de Lacan en su Seminario de la Ética: "La repetición de la necesidad sólo juega en la psicología freudiana como la oportunidad de la necesidad de la repetición, o más exactamente, de la compulsión de repetición. Lo esencial del pensamiento freudiano... es que la función de la memoria, la rememoración, es un rival –es lo menos que puede decirse– de las satisfacciones que está encargada de asegurar".

Podremos entonces decir a la luz de estos textos que la tiranía de la memoria es la tiranía de sus huellas significantes impresas en nuestro aparato psíquico en forma de transcripciones o retranscripciones (*Umschrift*). "Tu sabes, escribe Freud a Fliess en su carta 52, que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material pre-existente de huellas mnésicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retranscripción. Lo esencialmente nuevo de mi teoría es, entonces, la tesis de que la memoria no pre-existe de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos". En síntesis el descubrimiento freudiano conduce a mirar al sujeto como una escritura o reescritura de signos. Somos una especie de juego de significantes que transcurren entre cuero y carne (percepción y conciencia) llamado juego de trasliteración.

Podríamos decir entonces que el animal humano es un animal metafórico que no cesa de reescribirse continuamente. "Cada reescritura posterior inhibe a la anterior y desvía de ella el proceso excitatorio. Toda vez que la reescritura posterior falta, la excitación es tramitada según las leyes psicológicas que valían para el período psíquico anterior y por los caminos de que entonces se disponía. Subsistirá así un anacronismo, en cierta provincia registrarán todavía unos fueros, aparecen relictos".

Toda la estructura engendrada por la memoria no es más que una estructura significativa. Toda la rememoración está regulada por ese principio de placer bajo cuyo dominio se tramita el paso de un registro psíquico a otro. El placer es el regulador de ese trámite de la memoria y es responsable de la traducción de

una fase a otra. Siempre que una huella mnémica permanezca no traducida o transcrita al código posterior es signo de inhibición o defensa. "La denegación (*Versagung*) de la traducción es aquello que clínicamente se llama 'represión'. Motivo de ella es siempre el desprendimiento de displacer que se generaría por una traducción, como si este displacer convocara una perturbación de pensar que no consintiera el trabajo de pensar".

En el fondo la tesis freudiana conduce a mostrar que el aparato psíquico está hecho tanto para la memoria como para el olvido. 'Originalmente, como comenta Lacan, un sujeto representa lo siguiente: él puede olvidar. Supriman ese él, el sujeto es en su origen y como tal, la elisión de un significante, el significante que saltó de la cadena'. Toda esta versión freudiana conduce a mostrar que él sujeto del inconsciente no es más que el lugar donde sucede el continuo transcribirse de sus deseos represados. La represión es constitutiva de ese acontecer psíquico y la condición del sujeto hablante se sustenta en una relación directa con el significante. Para decirlo con una fórmula lacaniana 'el sujeto es la elisión de un significante'".

Estamos constituidos enteramente por palabras y nuestra sustancia significativa llega a nuestra conciencia transcrita en discursos ya interpretados por las regulaciones del principio del placer. Este es el fondo de la dialéctica discursiva. Somos un diálogo tejido por las huellas ligadas a través del placer. Más exactamente, dice Lacan, la realidad no sólo está ahí para que nos demos de cabeza contra las vías falsas en que nos comprometemos el principio de placer. A decir verdad, con placer hacemos realidad.

Más allá del placer o lo siniestro que habita en el hombre

Lo esencial del pensamiento freudiano sobre la función de la rememoración consiste en haber puesto de presente la tiranía de la memoria cuya función está más allá de una finalidad satisfaciente. Esta tiranía de la memoria ha puesto de presente la tiranía del significante. Con la entrada del significante hemos visto nacer un nuevo orden que introduce una radical discontinuidad en esa realidad carente de fisuras.

Esta nueva naturaleza separa y aliena al sujeto asignándole un lugar y un habitáculo totalmente nuevo. La constitución de ese universo simbólico introduce esa cadena significativa encarnación de la memoria humana. En tanto que el hombre hablante se sustenta en relación directa con el significante, 'nuestro sujeto, dice Lacan, tiene en relación al funcionamiento de la cadena significativa, un lugar totalmente sólido y casi localizable en la historia'.

Pero esta relación del sujeto con el significante adquiere para Freud su pleno sentido –de pérdida y retorno– con el advenimiento de la noción de Pulsión de muerte. El carácter mortífero de esta pulsión consiste en haber traído la muerte a la vida fijando con ello una ley regulatoria de todos los ciclos vitales.

El modo como introdujo una pregunta ese instinto de muerte en el seno de la puede ser formulada de este modo en los términos lacanianos: ¿Cómo el hombre, es decir, un ser vivo puede llegar a acceder a conocer en ese instinto de muerte, su propia relación con la muerte? "Enseguida brinda esta respuesta: Por la virtud del significante y bajo su forma más radical. En el significante y bajo su forma más radical. En el significante es donde el sujeto articula una cadena significativa, palpa que él puede faltar en la cadena de lo que él es".

El lenguaje le exige al hombre dar cuenta de que no es. En este sentido el hombre desaparece o muere subjetivamente al entrar en su órbita. El sufre esa erupción en su carne de un texto que lo habita. Víctima de ese atrapamiento en sus redes el sujeto queda sometido a perderse en los desfiladeros de esa cadena simbólica. Es este poder mortífero del significante el que hace sufrir el ciclo interminable de repeticiones que lo conduce y sostiene. "La pregunta se plantea a nivel de la relación del ser humano con el significante como tal, en la medida que a nivel del significante puede ser recuestionado todo ciclo del ente, incluyendo en ello la vida en su movimiento de pérdida y retorno".

Toda la experiencia de desamparo radical en la que nace el hombre abandonado ante ese Otro pre-

histórico que lo soporta, es revivida en ese otro desamparo del sujeto en su incorporación a la soledad de la morada lingüística de la que es ahora habitante. "Es propiamente esto lo que Freud hablando de la angustia, designó como el fondo sobre el que se produce su señal, a saber la *Hilflosigkeit* –el desamparo en el que el hombre en esa relación consigo mismo que es su propia muerte– no puede esperar ayuda de nadie".

Toda esta sujeción forzosa en la que el sujeto hubo de entrar para hacerse un lugar en la cadena de los hablantes explica la ambivalencia radical de su psiquismo ante la Ley simbólica que lo reduce a desaparecer en la alienación lingüística. Mediante esta tiranía del significante ha tenido que matar la Cosa para representarla por símbolos que a su vez eternizan en él la presencia de su ausencia. Su entrada en el tiempo es la compulsión a repetir la regularidad de sus ciclos que lo suplantán en su exilio interior. Allí desaparece en la experiencia de su 'no ser' para representarse tan solo de manera mediada como un eslabón más de esa cadena. Esta doble tiranía de la estructura de la memoria y la estructura significativa expresan toda la herencia filogenética de la especie y de sus enlaces con nosotros a través de su una instancia que internalizamos como SuperYo. la incorporación de ese Super-Yo no es más que la apropiación de esa herencia edípica que suscita nuestro odio contra el Padre. "El perpetuo reproche que nace entonces, de manera más o menos definitiva y bien formada según los casos sigue siendo fundamental en la estructura del sujeto. Ese Padre imaginario, es él, y no el Padre real, el fundante de la imagen Providencial de Dios. Y la función del Super-Yo, en último término, en su perspectiva última, es odio a Dios, reproche a Dios por haber hecho tan mal las cosas".

El Super-Yo responsable último de esos imperativos morales es gestado en medio del temor y la culpa. Esta es la ambivalencia frontal ante la Ley del Padre a la que se ama y se odia. Tal ambivalencia provoca el duelo que origina el Super-Yo. "Para el hombre del común en la medida en la que el duelo del Edipo está en el origen del Super-Yo el doble

límite de la muerte real arriesgada a la muerte preferida, asumida al ser-para-la-muerte sólo presente bajo un velo. Ese velo se llama el valor del odio. Pueden captar aquí porque en la ambivalencia del amor y el odio se sitúa el término último de la realidad psíquica que enfrentamos".

El fracaso final de esa síntesis del amor y el odio en el Super-Yo implica la ferocidad de esa potencia represiva capaz de abatirse sobre el Yo y desencadenar su imperio destructivo. En último término puede hacer víctima al Yo de su intento de reconducirlo a su estado primario de abandono. Es eso lo que domina Freud el masoquismo primario o estado de vuelta al desamparo inicial ante ese Otro primero. Puesto en posición de esclavo o vuelto a la condición de cosa de esa Ley moral onnipotente, el Yo se vuelve nada de ese Bien Supremo.

La ambivalencia ante la ley y el destino siniestro de la trágica Antígona

La paradoja del destino del ser hablante consiste en su condición ambigua o ambivalente ante la Ley. Lo siniestro en el hombre radica en esa dualidad de sus pasiones frente al Padre de la Ley. El Super-Yo ha demostrado su carácter ambiguo desde su propia conformación entre el temor y la culpa. Su mandato imposible consiste en señalar lo prohibido y al mismo tiempo indicar su transgresión. El imperativo moral invita a gozar y a encadenarse en el imposible encuentro con la Cosa. El carácter cruel del Super-Yo radica en esa ambivalencia frente al Goce. Por medio de su mandato imposible entra el sujeto en la tiranía de la Ley y la transgresión, del goce y la culpa.

Desde el primer código ético "el tabú del incesto" hasta la nueva Ley de 'Amar al prójimo como a sí mismo', el hombre es situado en una posición imposible. Por ello desde 'Totem y Tabú' hasta 'El Malestar en la Cultura', Freud señala que esta pretendida búsqueda de la Bondad en la Ley conduce a su transgresión. Por ello la ética analítica debe tomar a su

cargo la llamada maldad del deseo y el ser trágico de su enfrentamiento a la Ley. Detrás de todas las prohibiciones de la Ley brilla su invitación a transgredirlas como en el caso del Tabú del incesto y del parricidio demostrado trágicamente en Edipo. Además el mandato imposible de amar al semejante como a sí mismo debe ser completado con su otra mitad: "Amar y odiar al prójimo como se ama y se odia uno a sí mismo".

La tesis radical de la Ética analítica se resume en esta fórmula lacaniana: "La paradoja del goce, que forma una unidad con la paradoja de la ley". Este ser trágico de la Ley –destino siniestro humano– hace de la ética psico-analítica, una ética trágica que asume tal ambivalencia ante la Ley.

La ética analítica es una ética trágica, pues somete la ética a un bien supremo, o a la felicidad, equivalente a desalojar todo un registro del deseo reduciendo su carácter sexual al exceso y aún a la bestialidad. Y ello, porque esa ética funciona de manera diferente, en una 'ciencia del carácter' donde *habitus*, *praxis* y *paideia* se encadenan, al modo aristotélico.

Todo esto conduce a la versión lacaniana de la ética a la apropiación positiva de la visión trágica griega. A diferencia de ese ideal mediano del *Orthos Logos* aristotélico, lo trágico asume ese destino infranqueable de las pasiones humanas en trance de transgredir esa normatividad imposible de la Ley. Este es el caso paradigmático de Antígona, desgarrada entre los dos principios del discurso de la Ley. Puesta en el conflicto de escoger el mandato de la ley positiva de Creonte que impide enterrar a su hermano y su propio mandato de sangre que la convoca a darle sepultura. Antígona desafía la muerte segura prometida por el discurso del tirano.

Este destino o fatalidad (*ATE*) y su condición siniestra (*ta polla deinai*) la coloca entre dos muertes. La muerte mortal y la muerte por inmortalidad. El fondo de la tragedia es sin duda la imposible conciliación de las dos potencias que la reclaman: la de la ciudad y la de la sangre. Más que error o falta (*hamartía*) Antígona desafía la muerte por inmortalidad. Antígona es una criminal del ser. "El sentido de ese crimen, lo muestra Lacan, sólo puede ser un

fantasma irrisorio, pero se trata de aquello que el pensamiento designa. El crimen sería lo que no respeta el orden natural". El deseo para liberarse de las cadenas de la Ley lleva al crimen. "El hombre tiene el poder de liberar a la naturaleza de sus propias leyes. Pues sus propias leyes son cadenas. La reproducción de esas formas alrededor de las cuales llega a ahogarse, en un callejón sin salida de conflictos, sus posibilidades, a la vez armónicas e inconciliables, es todo lo que es necesario descartar para forzarla, si puede decirse, a recomenzar a partir de la nada. Tal es la mira de ese crimen. No en vano, el crimen es para nosotros uno de los horizontes en la investigación del deseo y Freud trató de reconstruir la genealogía de la Ley a partir de un crimen original".

Antígona al desafiar el mandato de Creonte y enterrar a Polinice se está condenando ella misma a ser enterrada viva. De allí la insensatez de su propósito. Antígona es una insensata porque arrastra el objeto trágico por excelencia, el más allá del principio de placer, o sea La Muerte. Pero en el fondo esta tragedia ha puesto de presente las condiciones propias de la ética y en general del destino humano. Nos movemos en la paradoja del goce: elegir en la vida lo que avanza sobre la muerte, y situarnos en esa zona de usurpación entre la Vida y la Muerte.

La imposible armonía de Eros y Tanatos en la Ley conduce a demostrar que la transgresión legal es ínsita al deseo humano y que el mayor peso de la Ley es una invitación a violarla. La bondad de la Ley queda desenmascarada cuando se demuestra que "por medio de la Ley entró el pecado en el mundo", según confiesa el mismo San Pablo. La conclusión ética del psicoanálisis es propia de la paradoxología: "Sólo hay ley del bien en el Mal y por el Mal". El héroe trágico desafía la Ley y camina hacia la muerte. Su soledad final es la misma de su comienzo. La vida toda de los humanos se sitúa entre dos muertes pues todos estamos como 'esos personajes situados de entrada en una zona límite, entre la vida y la muerte'.

Hay muchas cosas formidables en el mundo pero ninguna tan formidable como el hombre, canta el coro trágico. No sólo el hombre no llega a desembarazarse de la muerte sino que llega a inventarse enfermedades construidas por él mismo. En esto consiste su avance más allá del principio de placer. La pulsión de muerte lo lleva a ese 'mínimo trágico' entre dos muertes y lo hace trenzar la vida con la muerte haciéndolo avanzar en su camino al inventarse sus propias enfermedades. Crea LEYES que transgrede y que "combina de través, que trenza de través, que mezcla mal y de través las leyes".

Maravilloso y ominoso a la vez, el valor del hombre reside en el poder de su palabra. "Ese valor, dice Lacan, es esencialmente de lenguaje. Fuera de lenguaje ni siquiera podría ser concebido, y el ser de aquello que ha vivido ni siquiera podría así ser desprendido de todo lo que trasmittirá como bien o como mal, como destino, como consecuencias para los otros y como sentimientos para él mismo. Esa pureza, esa separación del ser de todas las características del drama histórico que atravesó, ese es justamente el límite, el *ex-nihilo* alrededor del cual se sostiene Antígona. No es otra cosa más que el corte que instaura en la vida del hombre la presencia misma del lenguaje".

Conclusión:

Las metas morales del psicoanálisis

Transmitir al sujeto su discontinuidad es este el propósito central de todo el psicoanálisis y realizar esa catarsis trágica de su destino no es otra cosa que asumir la castración del ser hablante y con ello la libertad del deseo. Igual que el héroe trágico el llegar a ser 'Autónomos' consiste en ser fiel al poder de su palabra o a la ética de su discurso. "Antígona se presenta como Autónomos, pura y simple relación del ser humano con aquello de lo que resulta ser milagrosamente el portador, a saber, el corte significativo, que le confiere el poder infranqueable de ser frente a todo lo que es".

Una ética del malestar implica asumir la falta -en ser- que porta el discurso, único representante

del sujeto para otro significante. La imposible renuncia a su condición discursiva y a su imposible transparencia ante sí y ante el otro conduce a una ética de la diferencia o la singularidad de cada ser deseante. Cada hombre tiene su anatomía como destino y la anatomía humana no puede ser distinta de su naturaleza metafórica. De allí que la ética de la diferencia discursiva sea consecuentemente una ética de la interpretación. El sujeto es una reescritura que se traduce continuamente y que no cesa de interpretarse.

La función interpretativa estará sobredeterminada como la memoria que es múltiple y reinterpreta siempre el pasado de sus huellas desde el corte significativo del presente. El eterno retorno del significante en la tiranía de la memoria destruye toda noción de progreso y finalidad última en el ser deseante. Esta es la relación con la finitud del ser y de todos los bienes. Esta es la consecuencia de la relación permanente de la vida con la muerte presente en todo lenguaje. Ni el bien, ni la verdad, ni la felicidad en progreso son posibles de experimentarse por el aparato psíquico "Más allá, no está solamente la relación con la segunda muerte, es decir con el hombre en tanto que el lenguaje le exige dar cuenta de lo siguiente: de que no es. Está también la libido, a saber aquello que en instantes fugaces nos impulsa más allá de ese enfrentamiento que nos hace olvidar. Y Freud es el primero en articular con audacia y potencia, que el único momento de goce que conoce el hombre está en lugar mismo donde se producen los fantasmas, que representan para nosotros la barrera misma en lo tocante a ese goce, la barrera en la que todo es olvidado".

Esto es lo que el sujeto conquista en el análisis: decir la Ley de su deseo. Esta Ley que comenzó a articularse antes que él en las generaciones precedentes y que constituye su *Ate*. Aquí no se trata de decir el bien sino bien decir Ψ